

DEL LIBRO INMORTAL



Dibujo a pluma, copia de Gustavo Doré, por Darío Martínez Paúl, de 16 años, alumno del Frente de Juventudes.

Despojado Sancho del gobierno de la ínsula, lejos de las burlas de los Duques y de la aviesa prudencia del Bachiller Sansón Carrasco, él, que había elogiado la vida de los santos como superior a la de los héroes, según se lee en el Capítulo VIII de la 2.ª Parte: «Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos a ser santos y alcanzaremos la buena fama que pretendemos»; se encuentra ahora con su rucio, sostén y arrimo de su infortunio. Nadie mejor que Cervantes pudo escribir estas inmortales palabras: «Vistióse en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fué a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos... dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.» (Don Quijote de la Mancha. 2.ª Parte. Capítulo LIII).

TRÍPTICO CERVANTINO

I

Por la ancha llanura castellana
que Mancha tiene por lucido mote,
un soñador fidalgo, al leve trote
del viejo Rocinante, y de mañana

su carabela de ilusión galana,
en busca de conquistas, pone a flote
para gloria y honor de Don Quijote
y orgullo sin igual de su Sultana...

Una dama es su sueño, y la grandeza
del linaje y alcurnia que él soñara
le hace ver en su genial rareza

gigantes en molinos. Y se prepara,
lanza en ristre, a la sin par querella
con ceguera de Amor por toda estrella...

II

«¡Oh, mi señor — el escudero clama —
parad vuestro caballo en buena hora,
que gigantes no son! ¿No véis ahora
como el viento no sopla y no se inflama

el aspa vieja que en su giro brama
como el fiero enemigo que la mente añora?
¡Tened a Rocinante, y sin demora
apagad de la fiebre vuestra llama..!»

No atajó la razón al caballero
ni pudo el miedo con su noble lanza
que hecha astillas saltó en la pujanza

de su ataque indomable rudo y fiero...
Y allí, junto a su lado, Sancho Panza
se hizo inmortal también como escudero.

III

¿No sentís el dolor de vuestro paje,
ni escucháis de su voz la dulce cuita.
¡Oh, tierna Dulcinea!, a quien invita
a requiebros de amor en su coraje?

Venid junto a su lado y el ultraje
de quien tuvo ilusión por toda cita
curadle con Amor. Que su alma ahita
sólo podrá sanar con su brebaje.

¿No véis cómo levanta temblorosa
su diestra, y asir quiere alocado
vuestro talle, buscando ilusionado

en tus labios caricia primorosa..?
¡Besadle, Dulcinea, con ternura,
que un beso de tu amor es su locura..!

(Estos sonetos fueron premiados en los Juegos Florales de Daimiel, recientemente celebrados).

ANTONIO DE ANCOS